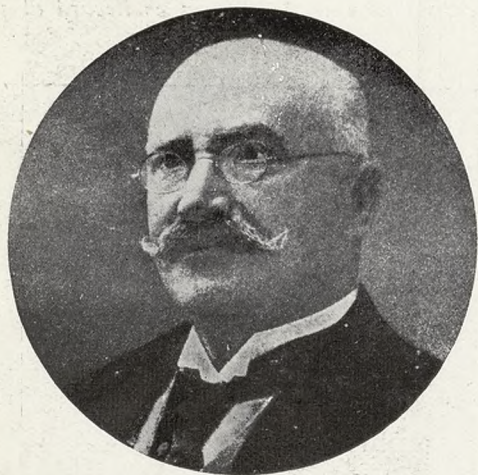


DE LOS VALLES ASTURIANOS
A
LA PUNTA MERIDIONAL
DE
AMERICA

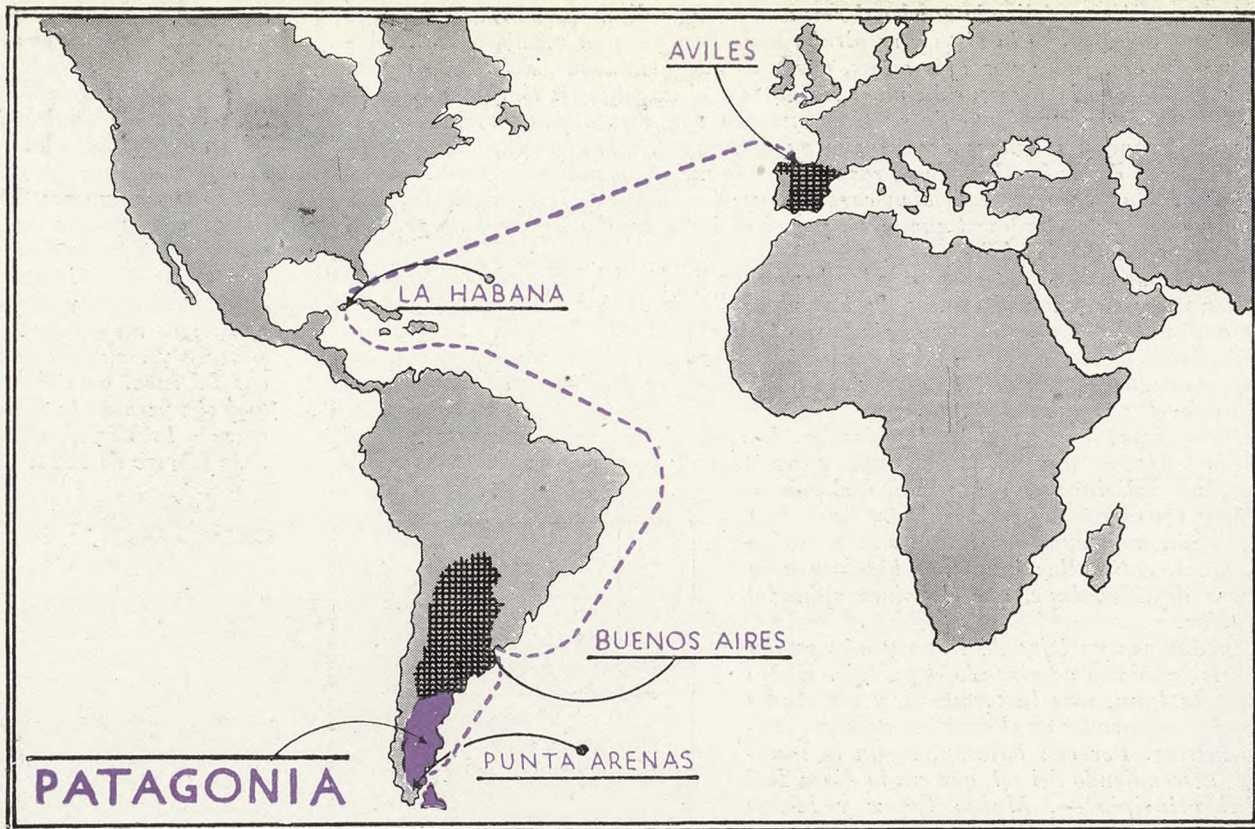
LA GRAN AVENTURA
DE JOSE MENENDEZ
REY DE
LA PATAGONIA

POR el valle de Avilés —concejo sosegado y folclórico de la Asturias marinera—, pasó por dos veces el meridiano de la gran aventura. El que pudiéramos llamar meridiano Menéndez. Fué primero uno, Pedro, el que salió de allí para fundar La Florida, en los tiempos heroicos de los galeones, los abordajes y las marchas estremecedoras a través de las selvas sin nombre ni geografía.



Fué después otro Menéndez, José, el que dió el increíble salto desde la ría avilesina hasta el dantesco territorio patagón, que Darwin calificó como "un error de Dios".

Pero Dios no yerra. Para demostrarlo, estaba predestinado José Menéndez. Nació el 2 de noviembre de 1846 en un caserío rodeado de hierba verde y vacas lustrosas, y hasta los catorce años fué un rapaz como otro cualquiera. Sabía cantar la canción del "Dengue" y bailar la Danza Prima. Sabía llevar el ganado a los sitios de buen pasto y empuñar la manquera para la siembra del maíz. Cogió nidos en los robles y pescó truchas a mano como los demás chicos de su edad. El pan de borona y la leche, que reventaba de vitaminas antes de que las



inventasen, fortaleció su cuerpo, pequeño de estatura, pero recio y trabado, como corresponde a la etnología campesina de Asturias. Y en su cerebro —virgen de toda instrucción escolar—, una imaginación exaltada y bulliciosa.

Así, con el primer pantalón largo que se puso, fué hasta Oviedo en alegre coche de caballos y compró una maleta de cartón en el mercado de la plaza del Fontán. No existía allí aún el puesto de memorialista de "Tigre Juan", pero ya se vendían maletas para los emigrantes audaces. Con ella, y antes de cumplir los quince años, José Menéndez se embarcó en un bergantín velero de los que hacían el correo de Ultramar. Y sin que nadie lo advirtiese, partió con los bolsillos vacíos rumbo a la inmortalidad.

PRIMERA ETAPA EN CUBA

En la Cuba rumbera, caliente y musical, existían unos pequeños purgatorios llamados "bodegas", donde el emigrante primerizo tenía ocasión de purificarse de ilusiones excesivas y de toda clase de pecados de imaginación, que allá, en su tierra natal, le habían hecho soñar con un Potosí detrás de cada palmera. Estas "bodegas" o tiendas de comestibles, bebidas y quincallería, se agazapaban en los barrios populares de La Habana, y los quince o veinte mil duros de capital con que aspiraban a retirarse los dueños para morir donde habían nacido, era necesario amasarlos peso a peso durante largos años, de sol a sol, a cambio de una úlcera de estómago y la pérdida de la juventud.

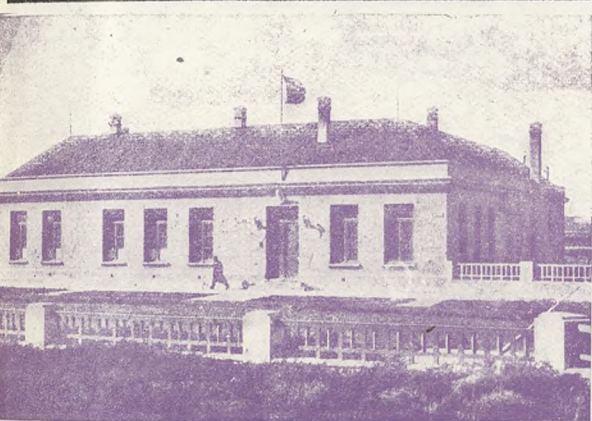
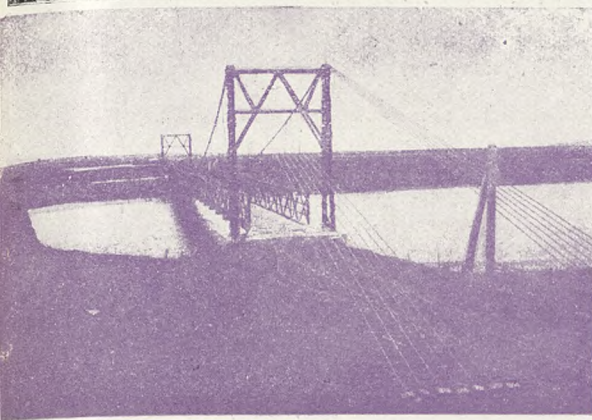
Allí fué a parar el inexperto José Menéndez. Y allí supo de las jornadas de trabajo sin horario laboral. De las noches asfixiantes en la barbacoa, en compañía únicamente de una turba feroz de mosquitos tropicales. De lo que era acostarse con un pedazo de pan, otro de boniato y alguna raspadura de queso maloliente, de lo de ya imposible venta ni aun entre los negros cargadores del muelle. Allí supo, en fin, que el precio de la aventura imaginada no podía ser otra cosa que las canas en las sienas, la vejez prematura y una renta modesta a su vuelta a España.

Por las noches, el infeliz emigrante oía desde su catre de folletín parisién los sonos de las congas callejeras, el canto del manisero, la risa sensual y exótica de las mulatas, el rechinar de los carrerones en el empedrado, las olas que se estrellaban contra el Morro... Y de pronto se rebeló, y en un espectacular salto de fumambulismo viajero, se plantó nada menos que en la Patagonia. ¿Por qué sintió dentro de sí José Menéndez la llamada de la predestinación? ¿Cómo es posible que hubiese escogido para sus hazañas colonizadoras aquel escenario espeluznante donde sólo moraba la desolación y la muerte?

EL CABALLO DE ATILA AL REVES

A mediados del siglo XIX, la Patagonia era todavía un territorio de novela de aventuras, perdido en longitudes y latitudes casi desconocidas. Duro, áspero, violento y hostil, azotado por los vientos buídos de los Andes y el Polo Antártico. Con indios, flechas envenenadas, fieras, reptiles, volca-





En la página anterior: un mapa que señala el recorrido de D. José Menéndez; la fotografía del ilustre asturiano y una panorámica de San Antonio (Argentina). En esta página: dos escenas y dos construcciones que recuerdan la vida del gran aventurero.

nes y una vegetación miserable y enfermiza. Digno paisaje para poner a prueba el esfuerzo y la voluntad. Escenario apto solamente para un hombre de raza y de muchas agallas.

Pero José Menéndez no se afligió ni se tapó los ojos horrorizado al poner pie en aquella tierra. Tampoco le impresionaron los terribles "ahouikankas", hombreros de estatura descomunal, de procedencia araucana, que poblaban el país. Con talento y audacia se hizo respetar por ellos y pronto se convirtió en su jefe.

Después domesticó potros salvajes, luchó a brazo partido contra la naturaleza y la meteorología, enderezó ríos, dominó torrentes e hizo fructífero lo árido y posible lo imposible. Por donde pasaba José Menéndez, todo se transformaba en signo positivo. Fué el caballo de Atila al revés. Convirtió las piedras en pan, y en agua los agresivos terrones de la atroz geología patagónica. Una dramática batalla que ganó en contra de todas las previsiones y que dejó asombrado al mundo. Por aquel entonces, otro gran aventurero, Cecil Rhodes, plantó la bandera británica en la punta del continente africano y fundó la Rodhesia. Dos corazones, uno inglés y otro español, latieron al unísono en distintos meridianos del globo y rescataron para la civilización dos territorios salvajes e improductivos. Fué aquel un minuto estelar para la geografía y para la humanidad, en el que coincidieron los esfuerzos individuales y distantes de un par de personajes dignos de pasar a la historia por la puerta grande de las biografías heroicas. Por la puerta grande y a hombros de un Jack London o de un Ludwig.

José Menéndez, al llegar a Patagonia, se convirtió en un centauro, y él y su caballo fueron en adelante inseparables. Desde su silla de jinete audaz, vivió, amó y se hizo

rico. Un día derribó los ingenuos ídolos que adoraban los indígenas e introdujo el culto católico, las leyes hispanas y las costumbres de su patria entre los patagones. Porque José Menéndez no era un aventurero cualquiera, sino un colonizador español. La colonización española constituyó un fenómeno especial, en nada parecido a los imperialismos absorbentes que llenaron de cicatrices la piel del planeta. España convirtió las selvas en naciones, los nativos en cristianos, las ciénagas en tesoros y la materia en palpitation espiritual. Hizo mayor de edad a un mundo, y cuando pudo andar por sí solo, le abrió las puertas del destino para que caminase sin tutelas ajenas.

LA MUJER

Aún tuvo tiempo José Menéndez para crear un hogar y una familia. La cósmica empresa de arrancar día a día a un terreno inhóspito la mayor riqueza de la época, no le impidió volver sus ojos al negocio del corazón. Podía haber tenido un harén como cualquier rajá abito de esclavos y de piedras preciosas. Podía haberse convertido en señor de herca y cuchillo. Pero no lo hizo, porque llevaba dentro la pureza de las fuentes asturianas, la ternura de su cancionero y la fuerza lírica de las noches de San Juan. Y así, dió y recibió amor de una sola mujer y tuvo hijos y nietos de un mismo tronco, cuyas ramas se extienden hoy poderosamente sobre el mundo de las finanzas, las letras y las ciencias de la Argentina.

A su paso por Buenos Aires, trampolín necesario para dar el salto hacia el caos y el misterio que se deslizaba América abajo hasta topar con el Polo, conoció a María Behety, joven hermosa y culta, de ascendencia francesa. Ella le estaba esperando sin saberlo. En sus sueños de muchacha aguardaba por el hombre que le abriese el horizonte de la felicidad. No podía ser un hombre cualquiera. María estaba forjada también con materiales nada corrientes.

Nuestros COLABORADORES



Treinta y cinco años cuenta este bilbaíno que promueve certámenes fotográficos en España y que por su cuenta acude a concursos peninsulares y extranjeros. José María Lara colabora además en numerosas obras y revistas españolas, y es uno de los "pioneros" de la fotografía en color. Fotógrafo por afición, por romántica afición, es el autor de la fotografía que figura en nuestra portada, en la que recogió un aspecto de la avenida de José Antonio, de Madrid, a las doce y cuarto del mediodía.

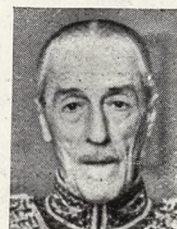


Bilbaíno como Unamuno, Lucio del Alamo—treinta y cuatro años—, hoy delegado nacional de la Prensa del Movimiento y director del diario "Marca", de Madrid, y antes director de Radio Nacional de España, es uno de los escritores de mejor pulso y de mejor pluma del actual periodismo español. Ha publicado algunos libros—tal "El último muerto de la guerra"—y fué uno de los más sagaces y brillantes cronistas de la última guerra mundial, desde el diario vespertino "El Alcázar", de Madrid.

Conocimos al director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Cuyo (Mendoza, República Argentina) en 1947, cuando, desde la tribuna o desde la prensa, nos hablaba de América o de Europa. Escritor extraordinario y magnífico conferenciante, Juan R. Sepich, considerado como uno de los primeros pensadores, conferenciantes y publicistas de América, es un entusiasta hispanista, y no hace mucho—en aquel 1947—realizó un viaje por España, donde pronunció, con gran éxito, diversas conferencias.



Hacer la biografía del Duque de Alba en siete líneas es como contar en siete páginas la historia de quinientos años. Miembro de la Real Academia de la Lengua, y de la de la Historia, y de la de San Fernando, y ex embajador de España en Londres, hemos de silenciar sus docenas de títulos—varias veces conde, varias veces marqués—y dar sólo este su nombre, tronco que suma muchas estirpes, y que si es el habitual, parece un tratado de genealogía: Jacobo Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio.



De José Miguel de Azola, joven, conferenciante, vasco y periodista, se dice que fué director de las revistas literarias "Lar" y "Cuadernos del Grupo Alea", de Bilbao, y que es hoy redactor de "Egan", revista de idéntico signo y la misma raya del Abra. Pero también podría decirse que es un ensayista original sobre temas de este tiempo literario—de la llamada generación del 98 a los últimos poetas noveles—y que cabe sospechar que en su tarjeta de visita figure esta profesión: "Especialista en Baroja y Unamuno".



Este doctor en Filosofía y Letras luce el más fresco de los muérdagos, puesto que ha ganado el último Premio Nacional de Literatura de España, por su "Jornadas de Miguel de Cervantes". Vicente Escribá, treinta y cinco años, valenciano y periodista, ha ganado también otros muchos premios con biografías, artículos y guiones de películas. Estrenó alguna comedia—p. e., "¿Dios con nosotros?" y son libros suyos "Tomás de Villanueva", "Una raya en el mar" y "Un hombre en tierra de nadie", entre otros.



Si nos emplazaran a señalar un nombre como ejemplo del mejor periodismo de la postguerra española, daríamos el de Ismael Herraiz—34 años—, hoy subdirector de "Arriba", de Madrid. Herraiz vivió la tragedia de Europa desde Berlín y Roma, y a sus crónicas de corresponsal de aquel diario dió el acento vivo, agudo e inesperado que sorprendería a los lectores cada mañana. De su estilo directo y su fuerza dialéctica salió "Italia fuera de combate", libro del que se agotaron veinte ediciones en unos meses.



Figura mundialmente conocida por sus estudios médicos, el Dr. Jiménez Díaz es catedrático de Patología Médica de la Universidad de Madrid. En 1946 dió diversas lecciones en la Universidad de Buenos Aires, y actualmente se encuentra en viaje por Norteamérica. Colaborador de las principales revistas médicas de Europa y América, el Doctor Jiménez Díaz ha accedido gentilmente a remitirnos un artículo sobre un tema que queda al margen de su magisterio, pero que domina a la perfección (página 43).



Este malagueño de treinta y un años dió mucha guerra en Madrid con la página penúltima de "La Estafeta Literaria", que firmaba "El Silencioso". "El Silencioso" era—es—Julio Trenas, que ya estrenó alguna comedia y publicó alguna novela. Julio Trenas colabora en diversos periódicos y revistas españoles, y fué redactor de "El Español" y secretario de redacción de la "Gaceta de la Prensa Española", donde publicó trabajos de investigación periodística. Ahora es redactor de Radio Nacional de España.



Si la juventud de Tomás Borrás encierra alguna clave fáustica que no podemos discernir, si sabemos de las excelencias literarias y periodísticas de este hombre madrileño que hizo su primera crónica en tiempos de Segismundo Moret. Después, punto fuerte en la tertulia de "Pombo", con Ramón y Solana, estrenó comedias, compuso poesías y publicó cinco novelas y nueve volúmenes de cuentos: "Tam-tam", "La mujer de sal", "Polichinelita", "Checas de Madrid", "Buenhumorismo", "Sangre de almas", etc.



Sevillano y periodista de tiempo atrás—y también catedrático—, Antonio Ortiz Muñoz (nacido en 1906), redactor del diario "Ya", de Madrid, acaba de recorrer Sudamérica de norte a sur y de este a oeste. En cada meridiano hizo una crónica, y con todas juntas está haciendo ahora un libro: "Otro español en América". Descoligándose de los Andes hacia La Paz—tras el soroche—, por las alturas de Bolivia, escribió el trabajo que aparece en la página 48, con el que estrenamos a dicha nación en "M. H."



Periodista desde la Facultad, a Juan Manuel Vega Pico—treinta y cinco años—, se le escapa el acento céltico por lo lírico, y en el peculiar juego de sus palabras—él es asturiano—hay un fondo sentimental, nostálgico, húmedo... Ha publicado un libro de poemas, otro de crónicas y una novela, y una de sus comedias fué primer premio en el concurso del Teatro Español del año 1944. Ahora se dedica activamente al "cine" y es uno de los guionistas más destacados en la producción española.

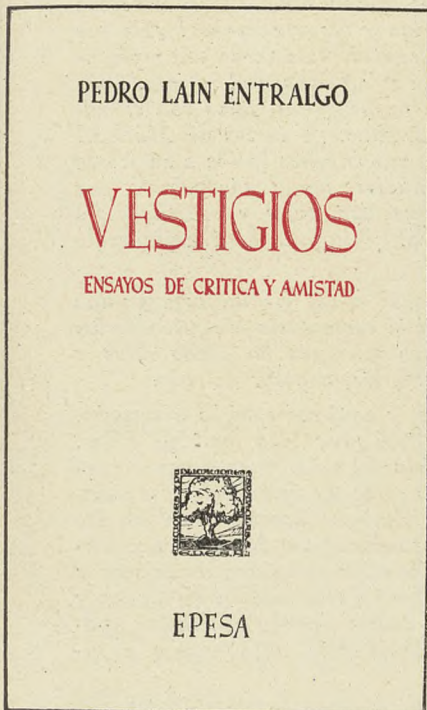


BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y, también, aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal siempre que —en cualquier caso— nos sean remitidos dos ejemplares.

VESTIGIOS, ENSAYOS DE CRITICA Y AMISTAD, por PEDRO LAIN ENTRAIGO.—E. P. E. S. A., MADRID, 1948.

Lain Entralgo, sin lugar a dudas uno de los más serios e interesantes escritores jóvenes de la España actual, ha recogido en este extenso libro, de más de quinientas páginas, esa obra desperdigada en periódicos y revistas, fruto de su



fecundidad intelectual y del cotidiano ejercicio de su pluma brillante y erudita, obra fácil y varia, que no por nacer al margen de la central y fundamental de su autor, deja de tener, en escritores sólidos como Lain, la consistencia y el interés del pensamiento maduro y trascendente.

—El arte de vivir la vida de quien no es "inerte"— escribe Lain en el prólogo— consiste en ir dejando vestigios bellos y perdurables sobre el suelo que extienden a sus pies la sociedad que le envuelve y la parcela de historia a que cada día despierta. Así explica el autor el acertado título del libro. Y en realidad muchos de estos "vestigios" de Lain son verdaderos vestigios, como quiere él en el prólogo, no en la perdurabilidad que les puede dar el libro, sino en la permanencia de su huella que, sobre el difícil y confuso terreno de nuestra actualidad histórica y espiritual, ha de servir para que los que vengan detrás puedan "rastrear" el camino verdadero. Cumplen de esta manera su misión, que es la única y verdadera justificación de su perdurabilidad en el libro, y reconocerlo constituye, desde luego, el mayor elogio que la crítica puede hacer de ellos.

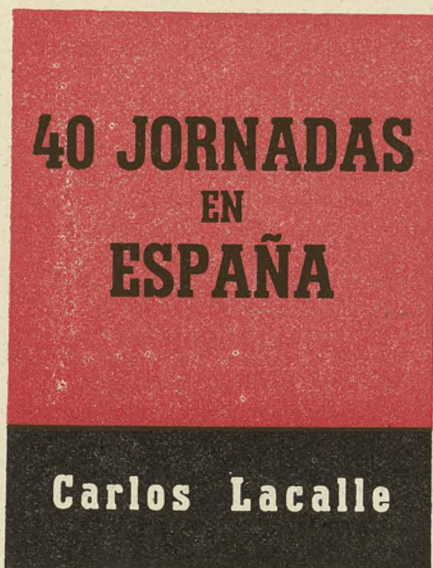
CUARENTA JORNADAS EN ESPAÑA, por CARLOS LACALLE.—TALLERES GRAFICOS MONTEVERDE Y COMPAÑIA, MONTEVIDEO, 1947.

Con pluma ágil de periodista, el joven escritor uruguayo Carlos Lacalle describe en este pequeño libro las experiencias e impresiones de su viaje a España de junio a agosto de 1946.

Es éste un libro de crónicas, y así titula el autor a cada una de las tres partes en que se halla dividido: "Crónicas de un Congreso Católico en España", "Crónicas de la España actual" y "Crónicas de siglos y paisajes".

La primera parte se refiere al XIX Congreso Mundial de Pax Romana celebrado en Salamanca y El Escorial en junio y julio de 1946, y al que el autor asistió con carácter de observador. Destaca Lacalle, y fué sin duda lo más real e interesante del Congreso, la presencia de Hispanoamérica como una vigorosa unidad espiritual y de cultura, aun dentro del propio Catolicismo. Allí, en Pax Romana, se perfiló claramente, dentro de la comunidad católica internacional, la comunidad específica de las naciones hispánicas, cuyos delegados, desconociéndose unos y otros, se encontraron unidos en una comunidad más específica de problemas propios, de actitudes vitales, de matices de pensamiento y de formas históricas y culturales. "Sin haberlo previsto—escribe Lacalle—, sin contacto ni conocimiento anterior entre nosotros, sin vínculos previos, fuimos a definir un conjunto de cosas que no eran, en definitiva, mas que una declaración de filiación a la Hispanidad."

Las crónicas de la España actual son objetivas y sinceras, y, como declara previamente el autor en el prólogo, "no pretenden ser pedantesamente neutrales". Tratan, por el contrario, de convencer al lector de una verdad, la verdad de la España actual, tan desfigurada por las propagandas tendenciosas, y que Carlos Lacalle, "un uruguayo, un católico, un individuo de la Hispanidad, al que no mueve interés ni afecto hacia los partidos políticos de España", según su propia definición, ha visto, y más que visto,



sentido y vivido, y se cree en el deber, de hispanoamericano y de caballero, de dar a conocer y de defender con la noble pasión de su juventud.

La tercera parte de la obra la forman una serie de ligeras crónicas de factura lírica sobre algunas regiones de España visitadas por el autor en su rápido viaje.

En suma: es éste un libro de juventud viril y noble y un testimonio caballeroso de la verdad de la España de hoy y de siempre.

"CAMOENS Y CERVANTES", por OSVALDO ORICO.—EDITORA NACIONAL.—MADRID, 1948.

El conocido escritor brasileño Osvaldo Orico nos ofrece en este libro un interesante paralelo de la vida de los dos genios universales representativos de la cultura ibérica: Camoens y Camoens.

El libro, que ya fué publicado en Chile en 1945, y cuya edición, revisada y aumentada, es la que comentamos, lleva por subtítulo: "Semejanzas de su vida y desemejanzas de su obra", que puntualiza exactamente la idea del autor, para que el



lector poco avisado no se sorprenda creyendo que se trata de buscar un absurdo e imposible paralelismo literario.

En lo que hay de vital y humano, y también de anecdótico y de histórico, en la existencia de Cervantes y Camoens, el paralelismo es verdadero, y resulta curioso e interesante seguir a Osvaldo Orico en su afán de descubrirlo y ponerlo de relieve.

La obra que comentamos es la de un devoto de estas dos geniales figuras de la literatura universal y de la unidad cultural ibérica.

Contiene el libro un índice muy completo de las ediciones del "Quijote" en todas las lenguas, desde la edición original de 1605 hasta las últimas ediciones del año 1945.

Obra amena e interesante, este libro con que Osvaldo Orico aumenta su ya numerosa producción literaria tiene el valor de servir al fortalecimiento de los lazos espirituales de la comunidad de nuestros pueblos ibéricos.

La Editora Nacional ha hecho una cuidada edición, ampliamente ilustrada con facsimiles y fotograbados.

LA GRAN AVENTURA DE JOSE MENENDEZ

(VIENE DE LA PAGINA 51)

Al cruzarse los dos, el asturiano y la francesita, intuyeron claramente que estaban predestinados para realizar unidos una misión excepcional. Y ninguno quedó defraudado. María vivió plenamente la realidad de su sueño. José encontró la mujer que necesitaba. Dulce y valiente, decidida y trabajadora.

Se casaron en la capital argentina. Ella dijo adiós a su familia, a sus círculos de sociedad, a la existencia apacible y fácil. Bajaron por el río de la Plata, y costeando el recorte geográfico de Sudamérica, desembarcaron en Punta Arenas. Allí construyeron la primera casa de mampostería y prepararon los galpones para las primeras ovejas. Fueron quinientas —traídas de las Malvinas—, que al cabo del tiempo se convirtieron en fabulosas manadas. Quedaba plantada la semilla de la gran ganadería patagónica.

EL TRIUNFO

Pasaron los años. El sol y la luna rodaron por el cielo magallánico en su eterno rigodón estelar. Inacabables extensiones de terreno se cubrieron de pastos y de cabezas de ganado. ¿Cuántos ejemplares triscaron por aquellas latitudes? José Menéndez perdió un día la cuenta. Cuando rebasaron el millón, fué ya imposible ejercer un registro de nacimientos. Y aquel millón creció y creció, hasta alcanzar números de ocho cifras. Y crecieron las riquezas, como la espuma de los dos océanos al juntarse fragorosamente en el límite extremo del continente americano.

Su comercio con el mundo empezó a adquirir un volumen realmente colosal. El joven emigrante tuvo necesidad de crear una flota mercante propia, y sus barcos, con la bandera Menéndez enarbolada, cruzaron todos los rumbos de los mares. Eran navíos marineros y audaces, que llevaban nombres pre claros resonancias asturianas: "Covadonga", "Pelayo", "Nalón", "Naranco", "Musel", "Avilés"...

En todos los países llegó a conocerse por el "rey de la Patagonia". Un rey cuya corte eran su mujer y sus hijos. El prestigio internacional de su firma brillaba por igual sobre los árboles señoriales de Hyde Park y el espejo fluvial del Sena que en los biombos de laca del Sol Naciente y en los cimborrios de las mezquitas turcas. Y en dos o tres lustros se convirtió en el primer exportador sudamericano de carnes, lanas y cueros.

Fundó establecimientos ganaderos en los territorios australes de Chile y la Argentina e hizo más que nadie por la amistad entre ambos países, que tuvo su base, precisamente, en aquellas primeras relaciones cordiales en que supo unir a los organismos dedicados al negocio de la ganadería. Cuando, en 1899, los presidentes Roca y Errázuriz solventaron en Punta Arenas la espinosa cuestión de límites, el nombre del gran colonizador asturiano estuvo presente en todos los ecos de aquella trascendental entrevista, que acabó por desenredar para siempre la embrollada madeja de las graves fricciones fronterizas.

Y al conjuro de su taumaturgia para transformar en oro las piedras de los caminos, surgió como un milagro, sobre la corteza áspera y difícil de la Patagonia, toda una teoría de civilización y progreso que dará fe a la historia y a las generaciones, de lo que pudo la voluntad y el esfuerzo de un emigrante español. Se abrieron carreteras, se tendieron vías férreas sobre las cuales el primer silbido de una locomotora espantó hacia las sierras escondidas la fauna magallánica, y se construyeron viviendas con todas las comodidades y adelantos, que disfrutaban los habitantes de Buenos Aires. José Menéndez impulsó también la explotación de yacimientos mineros, levantó aserraderos mecánicos, instaló frigoríficos y centrales eléctricas. Y teatro y escuelas, hospitales y organismos de seguro social.

Y aún tuvo tiempo para convertirse en un hombre de espíritu cultivado, infatigable lector de buena literatura y poseído de una auténtica gula hacia los estudios de idiomas, en cuya especialidad descolló como un poliglota eminente.

Para pintoresco remate de su labor colonizadora, escogió el vértice extremo de sus dominios. Allí, al pie de las verdes aguas que limitan al sur el cabo de Hornos y empujan hacia el Polo la Tierra de Fuego, erigió a sus expensas, sin ninguna ayuda oficial, un monolítico monumento al descubridor del Estrecho. La lacónica, singular y orgullosa inscripción, dice hoy todavía así:

A MAGALLANES,

JOSÉ MENÉNDEZ.

Veintidós letras en la punta meridional de América, que hablan su idioma de piedra en lengua castellana para todos los vientos.

LA DESPEDIDA DEL HEROE

Cuando el "rey" de la Patagonia se retiró a Buenos Aires, después de dejar en alto y asegurada la continuidad de su empresa, era el poderoso señor D. José Menéndez, al que los gerentes de los Bancos y los capitanes de las finanzas le posaban respetuosamente sus sombreros de jipijapa. El muchacho avilesino, que había salido de su tierra con una maleta de cartón y una mano sobre otra, apareció trocado en una potencia económica y política. Llevaba en el corazón la victoria de su encumbramiento y la nostalgia de los prados lejanos, con el maíz alto y ondulante que movía la brisa cantábrica, y la

(TERMINA EN LA PAGINA 58)

LA GRAN AVENTURA DE JOSE MENENDEZ

(VIENE DE LA PAGINA 55)

hierba jugosa de los valles nativos junto a la caricia de los ríos y la bruma de la niebla. El, que lo tenía todo, añoraba las tortas de borona y los vasos de leche fraguados en las ubres generosas de las vacas asturianas. Y las rosquillas de manteca de las romerías. Y los "voladores" de las verbenas de San Agustín. Y el campo de la iglesia. Y el olor de las sardinias recién pescadas y de los lagares con la primera sidra dulce de la cosecha...

El poderoso Sr. Menéndez fué dejando insensiblemente en manos de sus hijos el cuidado de las cuentas corrientes. En sus ratos de ocio, descansaba a lomos de un caballo patagón que se había traído consigo. A caballo le sorprendió la muerte, y a caballo saltó el último horizonte de la vida.

En las noches misteriosas de la Patagonia, su fantasma de centauro cruza aquellas viejas tierras de sal y de aventura. Los "tevelches" y los "penks" oyen muchas veces abreviar su cabalgadura en las orillas del lago Cupar. Y las comadres "ahouikankas" cuentan a sus hijos la historia ejemplar, heroica y apasionada del "señor". Porque D. José Menéndez no ha sido ni será más que eso en la Patagonia: el señor por antonomasia.

Y ahí queda, para las linotipias, el material de una fantástica biografía, donde un ejemplar ilustre de la raza española que descubrió mundos y gestó naciones se ha hecho digno de figurar en la galería de figuras para las cuales fué pequeño nuestro planeta y ofrecieron a la humanidad y al mapa mundi el épico regalo de una hazaña inmortal.

J . V E G A P I C O

LA INDUSTRIA SIDERURGICA EN HISPANOAMERICA

(VIENE DE LA PAGINA 57)

La zona Almería-Granada posee minerales de magnífica calidad en Serón y Bacares. Y, por último, las minas de Beni-Bu-Yfrur constituyen una fuente de exportación de primer orden; sus medios mecánicos permiten una extracción de un millón de toneladas, cifra que se consiguió ya en 1936.

La producción total de España ha sido de 1.269.742 toneladas en 1937 (excluida la producción de Marruecos), 2.273.755 en 1941, 2.135.442 en 1943 y 2.383.532 en 1946. Hay, pues, estabilización, pero ésta terminará cuando se solucionen las dificultades del comercio mundial y de la industria española.

En carbón, la producción ha ido en constante aumento. Se obtuvieron 2.293.000 toneladas en 1937, 9.594.000 en 1941, 10.693.000 en 1943 y unos 12.000.000 en 1946. Sin embargo, la hulla coquizable no se produce en suficiente cantidad para mantener un funcionamiento a plena marcha de los altos hornos existentes, los cuales se auxiliaban antes de la guerra con importaciones procedentes de Cardiff. Se ha realizado un gran esfuerzo y actualmente comienza la construcción en serie de mezcladoras, como medio de conseguir un coque aceptable combinando calidades diversas. Entre tanto no se realicen, el Tratado comercial y de pagos rubricado con Inglaterra el próximo pasado día 13 de mayo, prevé la adquisición por España de 750.000 toneladas de carbón, y con este abastecimiento podrá reemprender la expansión de nuestra siderurgia.

La producción de coque metalúrgico ha sido de 203.241 toneladas en 1937, 802.261 en 1941, 959.734 en 1943 y 942.890 en 1946.

El Instituto Nacional de Industria, en contacto con varias Casas particulares, está proyectando la instalación de nuevas fundiciones, que se concentrarán fundamentalmente en Asturias. Se quiere montarlas cerca de los yacimientos de hierro y carbón del norte de León y de aquella provincia.

En la iniciativa privada destacan las ampliaciones que se han hecho en las plantas antiguas y las obras que se están ejecutando por la "Siderúrgica Asturiana" en la ría de Avilés, cerca del puerto carbonero de San Juan de Nieva, para levantar una gran fábrica productora de hierro por el sistema Renn-Krupp. Es el primer intento que se hace en España para beneficiar minerales siliciosos, sin necesidad de consumir el coque típico. Este procedimiento es el comienzo de una revolución industrial que se va a operar en el país.

E . L A R R O Q U E

LOS LECTORES

también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos esta columna para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrencias que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que a juicio de la Revista merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

* * *

Sr. Redactor-Jefe de MVNDO HISPANICO, Ciudad.

Muy señor mío:

Me he enterado de la publicación aparecida en el número de mayo próximo pasado de MVNDO HISPANICO de una carta de la señora María de Diego A., escrita en Guatemala. Debo decirle que su lectura, como guatemalteco, me dejó un tanto sorprendido. Creo que cualquier persona que la lea sin conocer aquel país, pensará que se trata de un lugar muy semejante a algún retazo de ébano perdido en el corazón de África, donde la gente vive a flechazos y punta de lanza y disparos de cerbatana; donde el atrevido que osa aparecer en su seno, ve de continuo amenazada su vida por peligros sin cuento. Y el lector desprevenido se forma—como ha sucedido—un criterio muy diferente del que le produciría el contacto directo con la realidad.

En efecto; al relatar su "extraña existencia", la señora de Diego desliza una serie de aseveraciones que, a fuer de caballero, no quiero calificar de estrambóticos, aunque es cierto que la propia autora me disculparía, ya que ella misma tilda de "extravagante" su vida.

"Me fuí completamente sola a Chichicastenango", dice uno de los párrafos de lo que quisiera su "curriculum vitae". Qué audacia increíble, se pensará cándidamente. Pero ella olvidó decir—quizá le pareció detalle sin importancia—que Chichicastenango es un pueblecito ingenuo, manso y dulce, recostado en las cumbres del Quiché y unido a la capital de Guatemala y a las cabeceras departamentales aledañas por espléndida red caminera y provisto de magnífico hotel. Por su facilidad de comunicaciones, el encanto de su paisaje y clima, y su delicioso sabor típico, se ha convertido desde luengos años ha en la Meca del turismo. La expresión que comento vendría a ser idéntica a la de alguna señora americana que se vanagloriara de "haberse ido completamente sola a Aranjuez, o Segovia, o Toledo".

"Allá me vi sorprendida por el recibimiento afectuoso—sigue diciendo la señora de Diego—que me hicieron las indígenas maya-kichés, ya que ellas, que son incapaces de hablar con nadie, estuvieron a mi lado con una traductora." Esta afectuosidad que sorprende a la ilustre visitante, hace pensar que ella imaginaba muy otro recibimiento, lo que no es sino desconocimiento del ambiente. Los indios de Guatemala son afables, sencillos, obsequiosos. Es falso el que sean incapaces de hablar con nadie. Son reservados, claro es, un poco por defensa; pero hablan, además del idioma aborigen, el castellano, al que llaman "la castilla", y si nos descuidamos, hablan asimismo el inglés, por la afluencia de turistas norteamericanos, precisamente a Chichicastenango.

"Jamás un maya-kiché permite que se pise su hogar por ningún extraño", dice a continuación la señora de Diego. Es arriesgado, ante problema tan hondo como el del indio de América, erigir cátedra y lanzar aseveraciones dogmáticas. Una de las razones que han perdido a nuestro indio, como raza y como sentido de nacionalidad, es justamente su afabilidad ingenua, su ingéñita hospitalidad, que ha abrigado siempre a forasteros, curas, guerreros y caudillos, dejando que el sello de su raza vaya desintegrándose lentamente.

Parece que la señora de Diego se encuentra traduciéndolo el "Popol-Vú", la biblia sagrada de los Quichés. No dudo que Guatemala y su gente—yo entre ella—sabrán apreciar sus esfuerzos. Pero es imperativo hacer constar que existen traducciones del mismo, realizadas por guatemaltecos como Miguel Ángel Asturias, Adrián Recinos, habiéndose ocupado del tema; asimismo J. H. Villacorta. La señora de Diego cita exclusivamente al francés Brasseur de Borbough.

Tema de mucha profundidad es el de si los mitos mayas son plagio de los hindúes, como afirma la señora de Diego. La palabra "plagio" es un tanto delicada para ser lanzada con superficialidad. Sin entrar a debatir el tema, le cedo el comentario a José Humberto Hernández Cobos, escritor guatemalteco, quien en artículo suyo dice: "¿Cómo no sentir admiración por aquellos sacerdotes y sabios que inventaron el signo del cero mil años antes que los indostanos, y encontraron, más exacto que los propios griegos, el ciclo metónico?"

Pletórica de vaguedades es la parte de su cartabografía, en la que refiere su matrimonio. Habla de "razones de Estado", de "expulsión", etc. "Pero al final me impuse", termina diciendo Total: un país bárbaro. Si la señora de Diego tenía interés en tratar este tema tan delicado, debió, creo, haber concretado: época, gobierno, etc., ya que si de alguna cosa puede disfrutar hoy en día en Guatemala, es de una amplia libertad de expresión. Si aquel indio con el que, por su propia voluntad, contrajo matrimonio era "enfermo tarado con un mal cruce étnico", sería elemental concederle algo de benevolencia, ya que no cariño, o, por lo menos, respeto a su memoria. Pero nunca desprecio. Máxime si por su medio obtuvo la nacionalidad guatemalteca y el parentesco con la raza.

Finalmente, la señora de Diego lanza un apotegma, casi como un reto, al decir: "No tengo miedo a nada ni a nadie." Sea enhorabuena. Pero al expresarse en esa forma, se olvida del lugar en que está viviendo y de la gente que la rodea, que no creo que le estén suspendiendo espaldas de Damocles sobre su cabeza. Pero ella misma acude, desvelando incógnitas, con aquella frase suya de que "en España nacen mujeres quijotes, y a mucha honra". Me imagino que al ascender a las cumbres de María Tecum, desoladas y agrestes, ha de creer que los rebanos de carneros que a su paso encuentra son ejércitos de enemigos que vienen en su búsqueda; que aquellos sonoros molinos de viento que espolvorean la campiña guatemalteca, líricos y dolientes, son gigantes y cabezudos, y que las mulas de los curas ladinos que trotan de pueblecito en pueblecito, sudorosos y resignados en ejercicio de su divino ministerio, son dromedarios y gente descomunal.

Y ahora que he adjudicado el epíteto de ladinos a los curitas, se impone una aclaración que debió haber hecho en su carta la señora de Diego, ya que ella la emplea refiriéndose a aquel "indio tarado" que fué su esposo, provocando en España lamentables confusiones. Los diccionarios de la lengua española, entre otras acepciones, que no interesan a nuestro objeto, dan a la palabra "Ladino" la acepción de "astuto, sagaz, taimado". Nada de esto quiso decir la señora de su marido. "Ladino", en Guatemala, es todo aquel que lleva mezcla de su sangre: indígena y extranjera. Aún se ha generalizado la expresión para calificar a todos los nacidos en el país, algo así como "criollo".

Que la señora de Diego aprecie a nuestros indios y que "MVNDO HISPANICO", POR SU INTERMEDIO, LOS RECOJA EN SUS PAGINAS, MERECE ELOGIO FERVIENTE, ya que nuestra raza maya, descendiente de aquella gloriosa y pacífica civilización precolombina que ha desafiado los siglos y la violencia, de jando sus huellas milagrosas, es lo más auténticamente americano, orgullo de cualquier guatemalteco consciente del destino de su tierra, fusión maravillosa de culturas y de razas.

Agradeciendo al Sr. Redactor-Jefe la gentileza de publicar esta aclaración, aprovecho esta oportunidad para presentarle las demostraciones de mi más alta y distinguida consideración.

LUIS AYCINENA SALAZAR

por LUIS

JURADO DE PIN-PON

